



Vivimos actualmente en España un momento de honda preocupación renovadora del Arte Sacro. A través de los diferentes movimientos artísticos se entrevé una orientación común hacia formas de expresión depuradas y en extremo sobrias. Pero ¿de qué clase de *sobriedad* se trata? ¿De la que va hermanada con lo esencial y profundo, o de la que es fruto de un injustificado despojo? He aquí el problema decisivo de cuya recta solución pende, indudablemente, el logro del Arte sacro específico de nuestro tiempo.

Como escribí en mi *Metodología de lo suprasensible*, el hombre probado de la posguerra de 1918 encontró alivio en una actitud espiritual de serena contención y mesura. Por toda Europa se extendió el lema de la "nueva objetividad". Al *pathos* romántico, a la exageración convulsa y a la falsedad se opuso un estilo sobrio y verista. Frente a los amanerados edificios de los años 70 y 80 resaltaba ahora la línea estilizada de las nuevas construcciones, en las que alienta un espíritu de armonía y de verdad. Se empezó a hablar de "Música pura", anatematizando en aras del nuevo espíritu cuanto significase sentimiento, pasión, ardor, pomposidad. La música de Hindemith fué recibida como un mensaje. Todo bajo la consigna de la "Neue Sachlichkeit", que actuaba a modo de conjuro que nadie osaba someter a revisión. Tanto más se impone insistir actualmente en la pregunta: ¿Qué significa el "ethos de objetividad"? Este es el gran interrogante que se alza ante los creadores de formas artísticas en el momento actual.

Si nos liberamos de los consabidos prejuicios científicos habremos de convenir en que la verdadera objetividad no es la mera estilización ganada al precio de una labor a ultranza de *desmantelamiento*,

sino la *potencia expresiva* que brota de la *fidelidad* a los seres dotados de una gran significación. Lograr la fuerza de penetración necesaria para producir un arte *objetivo*, entendido en este sentido riguroso es, ciertamente, tarea e ideal de todas las épocas. Pero tal vez la nuestra esté en disposición de ver con especial claridad esta idea decisiva: que la belleza no es un *fin* de la obra artística, sino un *don* que se ofrece generosamente al que convierte su arte en un acto de entrega a lo eminentemente valioso y significativo.

Si nuestro tiempo se caracteriza por una voluntad ascética de radicalidad, el cometido de su arte característico no puede consistir solamente en crear ámbitos *desangelados* o *hiperesencializar* las formas expresivas, sino en transmitir fielmente, a través de los medios y técnicas de la época, el mensaje de las realidades profundas.

Que la renovación del Arte Sacro, paralela al *Movimiento Litúrgico*, entraña muy arduos problemas cuya solución conviene no demorar, es hoy día aceptado por cuantos arquitectos y artistas abordan el tema de cerca. Por las graves implicaciones que entraña lo que va destinado a un fin cultural, en los movimientos innovadores del Arte Sacro se impone quemar etapas y salvar con la mayor premura las ineludibles etapas de tanteo, para ofrecer al pueblo cristiano soluciones dotadas de un mínimo de madurez. Esto exige a los responsables un gran esfuerzo oculto de reflexión técnica, artística, litúrgica e incluso filosófica, debido a los extremos que abarca una forma de Arte que debe albergar un mensaje de trascendencia.

A esta noble tarea, actual como pocas, quiere aportar su modesta contribución este número extraordinario.

P. A. L. Q.